

Querida Erica:
Quisiera preguntarte cómo estás? y escuchar tu dulce voz responder, pero sé que eso ya no es posible. Hoy te escribo desde el futuro que tú no alcanzaste a ver, ese por el que el pueblo chileno luchó con lágrimas, coraje y sangre. Un futuro que para muchos, como tú, llegó demasiado tarde. Aquel 27 de Marzo de 1984, en medio de las manifestaciones, aunque no estuvieras en estas, escuchabas las voces de un pueblo valiente que exigía justicia. Tenías solo 15 años y recién comenzabas a vivir. Cursabas la enseñanza media, igual que yo. Es inevitable pensar que, de haber coincidido podríamos haber sido amigas. ¿Habríamos compartido risas en los recreos sentadas en el patio? ¿Habríamos caminado juntas después de clases copuchando de la vida? Pero ese día, la bala del destino fue más rápida y te alcanzó. Y con ella, se apagaron tus sueños, tus palabras, tus risas. Hoy solo me queda imaginar lo que pudo haber sido y no fue.

Erica, tu nombre no se borra, no se reduce a una cifra ni a una fecha en los archivos del olvido. Eres presencia viva en la memoria colectiva, un eco que sigue resonando en cada paso hacia la justicia. Estás aquí, en cada historia contada, en cada acto de amor de aquellos que no descansaron hasta hacer conocer tu historia. Tu futuro, ese que te arrebataron, lo seguimos construyendo entre todos. Porque sabemos que habrías sido una mujer valiente y brillante capaz de alzar la voz. Y aunque hoy el mundo ha cambiado todavía queda lucha por dar. Por ti. Por todos los que faltan.

Ahora tú, querida Erica, disfruta de tu libertad en los jardines del Señor. En lo más alto del cielo, deja que el viento te cante lo que aún aquí recordamos. Camina sin miedo entre las nubes, donde ya no hay cadenas ni balas que opaquen tu luz.

Descansa en Paz, Erica. Aquí seguimos. No te olvidamos.